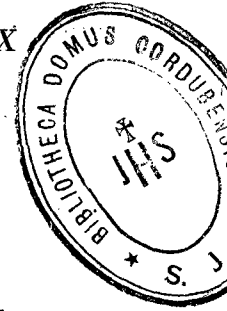


CONTENIDO RELIGIOSO DE SÔMA Y SÁRX

Por JACINTO LUZZI, S. I. (San Miguel)



La Iglesia, cuerpo de Cristo: he aquí la fórmula paulina cuyo contenido quisiéramos profundizar ahondando en la noción bíblica de cuerpo ¹.

Hemos abordado ya los escritos del Apóstol, a quien vimos tributario del Antiguo Testamento en el uso de las palabras *sárx* y *sôma*. Señalamos la sinonimia y polivalencia de ambos vocablos, y observamos que *sôma* y *sárx* son indicativos de la solidaridad social: la unidad conyugal y la unidad racial encuentran en ellos su perfecta expresión.

Damos hoy un paso más: estudiamos el contenido religioso de esas palabras en el uso paulino. Señalaremos sucesivamente su relación con el pecado, la actitud religiosa por ellos implicada y, retomando su contenido solidario, veremos que la solidaridad que nos significan es opuesta a la solidaridad divina. Un ulterior artículo examinará la nueva solidaridad, el *sôma* de nuestra solidaridad con Cristo.

San Pablo no es hombre de abstracciones. Fiel a la tradición bíblica, no se interesa por el hombre en abstracto. Lo considera concreta y existencialmente, no como unidad abstracta *animal racional*, sino realizándose históricamente como miembro de un cuerpo del que es solidario. *Sárx* y *sôma* designan la persona humana en cuanto exterior y, por lo mismo, en conformidad con el pensamiento semítico, esa unidad que hemos llamado suprapersonal, ese organismo que trasciende los límites corpóreos del individuo y se extiende a todo el grupo social y aún a todo lo creado.

Pero el interés de Pablo por el hombre concreto en su realización histórica y existencial incluye, necesariamente, la dimensión vertical de la persona humana. La situación existencial del hombre paulino es una situación de ser frente a Dios. La perspectiva bíblica es eminentemente religiosa y no metafísica, psicológica o primariamente social. Más aún: todas las otras cuestiones acerca del hombre, están enteramente subordinadas a la cuestión fundamental de la relación a Dios

¹ Cfr. Ciencia y Fe, 14 (1958), 3-38; 15 (1959) 227-251.

de todo el hombre como parte solidaria de todo lo creado. De allí que, en el vocabulario bíblico, todas las palabras referentes a la vida o constitución del hombre designen o califiquen esa relación fundamental². Ni *sárx* ni *sôma* son excepciones a esta regla. Esto no es sino un corolario de lo que ya hemos dicho.

Sárx y *sôma* designan al hombre, pero en contraposición con Dios. Así, por ejemplo, insistiendo Pablo en cuán poco valen ante Dios los valores humanos (1 Cor. 1, 25-31), señala cómo la elección de Dios recae sobre lo necio, lo débil, lo innoble y vilipendiado del mundo “para que no se gloríe ninguna carne en el acatamiento de Dios”³. Esa antítesis paulina, *Dios carne o cuerpo*, permite al Apóstol decir que obedeció al llamado divino “sin pedir consejo a la carne ni a la sangre” (Gl. 1, 16), afirmarnos que sus decisiones no son según la carne (2 Cor. 1, 17), y hablarnos de una sabiduría *sarkikés* (2 Cor. 1, 12), o de sabios *katà sárka*⁴, simples variantes de sabiduría humana en contraposición con la sabiduría divina⁵. Y como Dios es esencialmente espíritu, poder (*pneûma, dynamis*), *sárx* y *sôma* designan al hombre acentuando el aspecto material y limitado de su naturaleza, su impotencia y debilidad. El hombre en cuanto *sárx* o *sôma*, está en un orden de creación

² Son innumerables los ejemplos que podrían aducirse, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento. Abundante material presenta, para el Viejo Testamento, P. DHORME, *L'emploi métaphorique des noms de parties de corps en hébreu et en akkadien*, en RB., 29 (1920) 465-506; 30 (1921) 374-399 y 517-540; 31 (1922) 215-233 y 489-517; y 32 (1923) 185-212. El *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* de G. KITTEL - G. FRIEDRICH es una excelente base de trabajo para el Nuevo Testamento. En torno al tema, algunos vocablos son especialmente ricos en los escritos paulinos, vgr. *kardia* (52 veces); *splágjnon* (2 Cor. 6, 12; 7, 15; Fl. 1, 8; 2, 1; Col. 3, 12; Flm. 7, 12, 20); *stôma* (13 veces); *jeir* (17 veces); *ofthalmós* y *poús* (10 veces cada uno); *kefalé* (Rm. 12, 20; 1 Cor. 11, 3 [ter]. 4 [bis]. 5 [bis]. 7, 10; 12, 21; Ef. 1, 22; 4, 15; 5, 23 [bis]; Col. 1 18; 2, 10, 19); *koilia* (Rm. 16, 18; 1 Cor. 6, 13; Gl. 1, 15; Fl. 3, 19).

³ 1 Cor. 1, 29. Paralelas a la fórmula “gloriarse ante el Señor”, antitética de “gloriarse en el Señor” (1 Cor. 1, 31; 2 Cor. 10, 17) o de “gloriarse en Cristo” (Gl. 6, 14), Pablo utiliza otras expresiones del mismo cuño, como “gloriarse en la carne” (Fl. 3, 3s.; Gl. 6, 13; 2 Cor. 11, 18) y sus variantes “gloriarse en los hombres” (1 Cor. 3, 21), “gloriarse en las apariencias” (2 Cor. 5, 2), “gloriarse en sí mismo” (1 Cor. 4, 7), “confiar en sí mismo” (2 Cor. 10, 7; 1, 9s.), y “gloriarse en las obras” (Ef. 2, 9). Cfr. 2 Cor. 7, 14.

⁴ 1 Cor. 1, 26; cfr. 2 Cor. 5, 16 (“conocimiento *katà sárka*”); Col. 2, 18 (*noûs tês sarkós*).

⁵ 1 Cor. 2, 5, 13; 9, 8; Gl. 1, 11s.; 2 Cor. 3, 5 (“no que seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios”); 1 Cor. 2, 14s. (“el hombre *psijikós* no percibe las cosas del espíritu de Dios...; al contrario, el *pneumatikós* todas las cosas discierne”).

querido por Dios. Pero en ese orden, bueno en sí puesto que Dios lo quiere, el hombre se experimenta débil y corruptible.

*Vivir en carne*⁶ es natural al hombre y don de Dios⁷. Mientras vive en esta vida, el cristiano no puede “salirse de este mundo” (1 Cor. 5, 10), “partir del cuerpo” (2 Cor. 5, 8s.). Ya sea “permaneciendo en la carne” (Fl. 1, 24) o no, ya sea estando *presente o ausente*, el cristiano debe esforzarse por agradar al Señor (2 Cor. 5, 8s.). La fórmula que mejor pinta, quizá, la condición natural del hombre en esta vida, es la empleada por el Apóstol para designar los ascendientes y familiares en general: *katà sárka*⁸.

Dentro de esa condición natural, la fragilidad es una cualidad inherente al hombre⁹. Obrar *según la carne* es hacerlo apoyado en el enclenque poder de las fuerzas y resoluciones humanas: “Al proponerme esto, ¿obré a la ligera?, o lo que me he propuesto ¿lo he deliberado según la carne, de manera que haya en mí sí y no?” (2 Cor. 1, 17). “Os ruego que cuando esté presente no tenga que atreverme con la energía con que pienso resueltamente obrar con algunos que nos tienen como si procediésemos según la carne. Pues aunque vivimos en carne, no militamos según la carne” (2 Cor. 10, 2s.; cfr. Ef 6, 10-12). Pasible de tribulación (1 Cor. 7, 28), de fatiga (2 Cor. 7, 5) y de enfermedad (Gl. 4, 13s.), la flaqueza de la carne es tal que rendía imposible, sin fuerzas, a la misma Ley (Rm. 8, 3). Las armas de la milicia de Pablo “no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas y destruir razonamientos” (2 Cor. 10, 4). Esa fragilidad fuertes de las cosas del Espíritu: “No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales¹⁰, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no os di comida porque aún no la admitíais. Y ni aún ahora la

⁶ Gl. 2, 20; Fl. 1, 22; Rm. 7, 5; 2 Cor. 10, 3; 1 Tm. 3, 16.

⁷ “Dios da a cada uno un cuerpo, como le place” (1 Cor. 15, 38).

⁸ Rm. 1, 3, “(Jesucristo)... de la estirpe de David según la carne”; 9, 5, “cuyos padres son los mismos de quienes descende Cristo según la carne”; 9, 3, “mis consanguíneos según la carne”; cfr. Flm. 16. Obsérvese el equivalente *fysis* en Gl. 2, 15; Rm. 2, 27; 11, 21, 24.

⁹ Cfr. Rm. 8, 3; Col. 1, 22; 2, 11.

¹⁰ *Sarkinos*, es decir, “hechos de carne” (cfr. Rm. 7, 14, “soy un ser de carne”; 2 Cor. 3, 3, “sois carta de Cristo... escrita... no en tablas de piedra, sino en tablas de carne [sarkínais], vuestros corazones”). Es decir, cristianos no maduros, espiritualmente niños aún. La lectura *sarkinos* está bien atestiguada por códices de diversas familias (A, B, C*, D*, S. al.), mientras que la lección *sarkikós* aparece en códices más recientes (E, F, G, L, P, al.).

admitís porque sois todavía carnales (*sarkikós*). Porque mientras hay entre vosotros envidias y discordias, ¿por ventura no sois carnales¹¹ y vivís a lo humano?”¹² Esa debilidad del hombre en cuanto *sárx*, se manifiesta especialmente en su lucha contra las pasiones y el pecado: “Cuando éramos en carne, las pasiones que hacen pecar, excitadas por la Ley, obraban en nuestros miembros para que fructificáramos para la muerte” (Rm. 7, 5). Por eso, “el pecado, tomando impulso por el precepto, me sedujo y, por medio de él, me dió muerte” (Rm. 7, 11).

La segunda característica del hombre en su contraposición con Dios, es su corruptibilidad. Y notemos que si para designar al hombre en cuanto frágil y endeble predominaba en Pablo el empleo de *sárx*, para significar la calidad de mortal predomina el uso de *sôma*, si bien el vocablo *sárx* aparece frecuentemente con este sentido. “Mientras vivimos, estamos siempre entregados a la muerte por causa de Jesús — escribe el Apóstol a los corintios—, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Cor. 4, 11). Y en el versículo precedente el Apóstol utiliza *sôma* para expresar la misma idea: “Llevamos siempre en nuestro cuerpo la muerte (*nékrosis*) de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Cor. 4, 10). “Quien sembrare en su carne, de la carne cosechará la corrupción; pero quien siembre en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna” (Gl. 6, 8). El hombre exterior —es decir, en cuanto *sárx* o *sôma*¹³— “se corrompe

¹¹ D*, F y G, leen *sarkinos*, sin duda por asimilación al versículo precedente, en vez de *sarkikós*. Mientras que la terminación *-inos* de los adjetivos denota la materia de que una cosa está hecha, el sufijo *-ikós* indica relación o cualidad, o pertenencia específica a un grupo o categoría (W. W. GOODWIN, *A. Greek Grammar*, Londres, 1951, Nº 851s.; P. CHANTRAINE, *Études sur le vocabulaire grec*, París, 1956, 3ª parte: *Le suffixe grec -ikós*, p. 97-171). Leyendo *sarkikós* las dos veces en el versículo 3, en 1 Cor. 3, 1-3 habría una progresión de ideas bien marcada: “Antes no erais capaces de más porque erais niños y como a tales hube de trataros; ahora es diferente: tampoco podéis, pero porque sois carnales pues obráis como tales; no puedo pues trataros como a espirituales” (cfr. 1 Cor. 2, 14s.). El vocablo *sarkikós* tiene así un sentido ético y dinámico del que carece *sarkinos*. J. HUBY admite esta diferencia para 1 Cor. 3, 1 (*Saint Paul. Première épître aux Corinthiens*, París, 1946, p. 105, n. 1), pero la rechaza para Rm. 7, 14 (*Épître aux Romains*, p. 252, n. 1). Según él, quien cita en su apoyo a Lietzmann (*An die Römer*, Tübinga, 1933, p. 81), KÜMMEL (*Rom. 7 und Bekehrung des Paulus*, p. 59, n. 1) y PRAT (*Théologie de St. Paul*, París, 1934²⁴, I, p. 272, n. 1), en Rm. 7, 14 Pablo utilizaría *sarkikós* y *sarkinos* sin diferencia de sentido.

¹² 1 Cor. 3, 1-3. Cfr. Rm. 6, 19: “Humana cosa os digo, a causa de la flaqueza de vuestra carne”, lo cual equivale a “porque sois gente débil”.

¹³ El contexto inmediato muestra que el “hombre exterior” de que Pablo habla en 2 Cor. 4, 16, es el hombre tal cual acaba de describirlo (vv. 7-11): frágil como un vaso terrizo, oprimido por las tribulaciones y entregado a la muerte

de día en día” (2 Cor. 4, 16). “La carne y la sangre¹⁴ no pueden poseer el reino de Dios¹⁵, por la simple razón que “la corrupción no heredará la incorrupción” (1 Cor. 15, 50). De allí que sea indispensable “que lo corruptible se revista de incorrupción y que esto mortal¹⁶ se revista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se revista de incorruptibilidad, y esto mortal de inmortalidad, entonces se verificará lo que está escrito: Sumióse la muerte en la victoria” (1 Cor. 15, 53-55). Ese carácter precedero ingénito a *sárx*, lo es también de *sôma*. El cuerpo es “mortal” (Rm. 6, 12; 8, 11), “está muerto” (Rm. 8, 10), es un “cuerpo de muerte” (Rm. 7, 24), porque es un “cuerpo de pecado” (Rm. 6, 6).

Sárx y *sôma* designan, pues, al hombre en cuanto separado de Dios por un abismo infranqueable.

En la misma línea de contraposición a Dios que estamos estudiando, tanto *sárx* como *sôma* designan la relación a Dios del hombre, no tanto como individuo cuanto como solidario de todo el mundo creado. Pablo presenta al hombre cargado de una incondicional e inalienable responsabilidad ante Dios, precisado a dar una respuesta individual y propia a la vocación del Creador y Redentor, pero dentro de la estructura querida por el mismo Dios, es decir, desde el seno de su pertenencia a la personalidad corporativa. Su respuesta al Absoluto es realizable únicamente desde el punto de su inserción en el cuerpo solidario de la humanidad. “Vivir en la carne” (Fl. 1, 22; Gl. 2, 20; Rm. 7, 5) o “permanecer en la carne” (Fl. 1, 24), es continuar la vida en este mundo, en solidaridad con todo lo existente en la tierra¹⁷. “Ser en carne” (Rm. 8, 8, 9) significa exactamente lo mismo. Los amos según la carne del precepto de obediencia dado a los siervos (Col. 3, 22; Ef. 6, 5), son los amos o superiores de este mundo. “Hermanos *kai en sarkì kai en Kyriò*” (Flm. 16), debería ser traducido como *hombre y como cris-*

¹⁴ La fórmula, de origen netamente hebreo (*basar wedam*), acentúa el carácter de fragilidad y limitación del hombre. Mientras que en 1 Cor. 15, 50 se corresponde con “corrupción” y “mortalidad” en contraposición a las características del Reino; en Gl. 1, 16 considera al hombre en su ignorancia y debilidad por oposición a la sabiduría y poder de Dios; y en Ef. 6, 12 por oposición al mundo de los espíritus.

¹⁵ Cfr. 1 Cor. 6, 9s.; Gl. 5, 21; Ef. 5, 5.

¹⁶ *Tò thnetòn toúto* es una variante de *sárx* (cfr. 2 Cor. 4, 11) y de *sôma* (cfr. Rm. 6, 12; 8, 11). El mismo contraste de 1 Cor. 15, 53-55 entre la fragilidad y corrupción del hombre en cuanto carne o cuerpo y el poder del hombre resucitado. hallamos en 1 Cor. 15, 44: “Se siembra en cuerpo *psýjikhón* y se levanta cuerpo *pneumatikhón*. Pues si hay cuerpo *psýjikhón*, también lo hay espiritual”. También el vocablo *psýjikhón* equivale a *sárx* o *sôma*.

¹⁷ Cfr. Gl. 2, 20: “La vida que al presente vivo en carne”.

tiano. Y porque *sôma* —al igual que *sárx*— equivale al hombre-en-cuanto-en-el-mundo y solidario de él, Pablo, *arreatado hasta el tercer cielo*, puede escribir: “si en el cuerpo no lo sé, si fuera del cuerpo, tampoco lo sé”¹⁸. “Morar en el cuerpo” (2 Cor. 5, 6) o “estar en el cuerpo” (2 Cor. 5, 10), es vivir solidario con la existencia terrena. “Estar ausente del cuerpo” (2 Cor. 5, 8), sinónimo de “salir del mundo” (1 Cor. 5, 10s.), es un estado de “desnudez” (2 Cor. 5, 3). El cuerpo es lo que une a todos los hombres, independientemente de las diferencias individuales: designa a los hombres con su referencia a Dios no en cuanto individuos sino en cuanto partes de todo lo creado.

La nueva alianza, que hace de los redimidos el nuevo pueblo de Dios, no es individual sino corporativa. La realización de todas las promesas en Cristo, es eclesial: está ordenada a la participación de la vida intratrinitaria de cada hombre, pero en cuanto que cada hombre es miembro del cuerpo de Cristo. De parte de los hombres, el sujeto de la nueva alianza no son los individuos sino la comunidad concebida como un todo orgánico, como un cuerpo. La solidaridad en el “cuerpo de pecado” (Rm. 6, 6) y “de muerte” (Rm. 7, 24), ha de transfigurarse y finalmente ha de ser sustituida por la solidaridad del “cuerpo de Cristo”¹⁹.

Siendo el Espíritu de la promesa²⁰, el don específico de la nueva alianza por oposición a la antigua²¹, la noción de *sárx* surge espon-

¹⁸ 2 Cor. 2, 12s. La interpretación tradicional de esta experiencia religiosa personal de Pablo, supone una problemática que nos parece ajena a la mente del Apóstol. Partiendo de las creencias judías relativas a la traslación corporal de Enoch, Elías, Baruch y quizás también de Jeremías a los cielos —traslación que el Talmud de Babilonia extiende también a cuatro Rabinos: Ben Zoma, Ben Azai, Rabbi Achor y Rabbi Akiba (Talmud Chagiga 14^b, 15^a, 15^b, citado por H. LIETZMANN, *An die Korinther I/III*, p. 153)—, y, por otra parte, de la narración que la “Asunción de Moisés” hace de la ascensión visible del alma sin el cuerpo de Moisés (FLÓN [De Somniis, I, ed. P. WENDLAND, v. 3] habla de una tradición según la cual Moisés estaba separado de su cuerpo cuando recibía las divinas revelaciones en la montaña), explican las palabras de Pablo como si el Apóstol se planteara la posibilidad de una separación de su propio cuerpo (Cfr. los diversos Comentarios, ad locum). En el contexto de la solidaridad social revelado por los vocablos *sárx* y *sôma*, nos parece más obvio interpretar también aquí *sôma* como indicativo de la gran unidad corporativa de que el hombre es miembro.

¹⁹ Ef. 4, 11s. 16; 1 Cor. 12, 12ss. 27; cfr. Fl. 3, 20s.: “Porque somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al salvador y señor Jesucristo, que transformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas”.

²⁰ Ef. 1, 13; Gl. 3, 14; cfr. Rm. 5, 5; 8, 4-16; Ef. 4, 30; 2 Cor. 1, 22; etc.

²¹ Rm. 2, 29; 7, 6; 8, 2; 2 Cor. 3, 6; Gl. 3, 3-8; 4, 29; 2 Ts. 2, 14; etc.

tánea en la mente de Pablo como característica de la era antigua²². En general, puede afirmarse que ése es el contenido de la clásica oposición paulina *pneûma* - *sárx* o *sôma*. Refiriéndose a la actitud judaizante de los gálatas, Pablo califica de espíritu a la nueva alianza y de carne al judaísmo: “¿Habiendo comenzado en espíritu, ahora acabáis en carne?” (Gal. 3, 3). Y a los mismos gálatas escribe: “Andad en espíritu y no deis satisfacción a los deseos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu contrarios a los de la carne, pues uno y otro se oponen”²³. “No hay ya condenación alguna para los que están en Cristo”²⁴. Porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte” (Rm. 8, 1s.). “De modo que, hermanos, somos deudores, pero no de la carne para vivir según la carne. Porque si vivís según la carne, habéis de morir. Mas si por el Espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis. Porque cuantos están animados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios” (Rm. 8, 12-14). Las expresiones *según la carne*²⁵ y *carnal*²⁶, tienen el mismo contenido. Nótese que, cuando Pablo se refiere explícitamente a la solidaridad racial involucrada en el concepto de *sôma* o *sárx*²⁷, dichos vocablos tienden a señalar el contraste entre esa conexión meramente natural y la que existe en el orden superior, el de lo religioso o divino. “Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva y otro de la libre. Pero el de la sierva nació según la carne; el de la libre, en virtud de la promesa” (Gl. 4, 22s.). “Y así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así también ahora” (Gl. 4, 29). “Mirad al Israel según la carne. No participan del altar los que comen de las víctimas?”, escribe Pablo a los corintios (1 Cor. 10, 18) oponiendo el Israel de la raza a la Iglesia, el verdadero Israel, el Israel de Dios²⁸. El tema de la circuncisión que, en el Antiguo Testamento,

²² Rm. 9, 8; Gl. 3, 3; 6, 12s.; Fl. 3, 3s.; Ef. 2, 11; etc.

²³ Gl. 5, 16s. No se refiere Pablo, en este pasaje, al conflicto alma-cuerpo o al de la razón y las pasiones, propio de la mentalidad helénica: la enumeración que el Apóstol hace a continuación de esas “obras de la carne”, secuelas de los “deseos de la carne”, incluye varias que nada tienen que ver con la sensualidad (Gl. 5, 19-21).

²⁴ Algunos códices —y la Vulgata— añaden: “que no andan según la carne”, *mè katà sárka peripatoúsin*, y aún otros completan: “sino según el espíritu” *allà katà pneûma*.

²⁵ 1 Cor. 10, 18; 2 Cor. 11, 18; Gl. 4, 23, 29; cfr. Rm. 1, 3s.; 2 Cor. 5, 16.

²⁶ Rm. 15, 27; 2 Cor. 1, 12; 10, 4; cfr. 1 Cor. 10, 3s.

²⁷ Cfr. Rm. 1, 3; 4, 1; 9, 3, 5; 11, 14; etc.

²⁸ Rm. 9, 6-8; Gl. 3, 29; 6, 16.

con tanta fuerza sugería la relación de *basar* entre la concepción solidaria del grupo social y la del colectivismo religioso²⁹, perdura en los escritos paulinos con la característica de acentuar aún más el contraste de esa doble solidaridad, ahora en función de *sárx* y *sôma*. La *circuncisión del corazón* como opuesta a la *circuncisión de la carne* había ya sido señalada por los profetas³⁰. Los judaizantes darán a Pablo ocasión de explotar la imagen y enseñar cuál es la verdadera circuncisión. Llama *circuncisos* a los judíos e *incircuncisos* a los que no lo son³¹, en conformidad con toda la literatura judía³². La circuncisión de la carne es nada³³: de nada vale sin la fe (Rm. 2, 25-27; Gl. 5, 3), mientras que la fe vale tanto para el circunciso como para el incircunciso (Rm. 3, 30; 4, 9-12). Por eso, quien abraza el evangelio de Cristo, no debe circuncidar su carne (1 Cor. 7, 18; cfr. Gl. 2, 3) so pena de romper con Cristo y su gracia (Gl. 5, 2-6; 6, 12-14). La verdadera circuncisión, es decir, la de la nueva era, la de la nueva solidaridad o *koinonía* con Dios, es la del corazón³⁴, la que hace Cristo despojándonos no ya de un pequeño trozo visible de nuestra carne, sino de todo el cuerpo (Col. 2, 11), de ese cuerpo de carne en que vivimos y del que somos solidarios. Esa es la circuncisión que sella al nuevo Israel³⁵: Se trata de una nueva creatura (Gl. 6, 15), de un hombre nuevo (Col. 3, 11).

La oposición entre esa solidaridad de carne o cuerpo y la *koinonía* con Dios, surge claramente de las relaciones imbricadas en la solidaridad de *sárx* o *sôma* con el pecado. Veámoslo brevemente.

Las nociones de *sárx* y *sôma* en su relación con el pecado

La nueva alianza que Cristo vino a establecer entre los hombres y Dios, no podía realizarse plenamente sino por el triunfo de Cristo

²⁹ Cfr. C. y F., 14 (1958), p. 20ss.

³⁰ Jr. 4, 4; 9, 24s.; Ex. 44, 7, 9; Dt. 10, 16; 30, 6; Lv. 26, 41; cfr. Jr. 6, 10; "orejas incircuncisas".

³¹ Ef. 2, 11; Col. 4, 11; 3, 11; Rm. 4, 11s.; Gl. 2, 7-9, 12; Tt. 1, 10; etc.

³² Gn. 34, 14; 1 Sm. 17, 26, 36; 14, 6; 31, 4; 2 Sm. 1, 20; Jc. 14, 3; 15, 18; Is. 52, 1; Ez. 28, 10; 31, 18; 32, 21, 28, 29, 32.

³³ 1 Cor. 7, 19; Gl. 5, 6; cfr. Gl. 5, 11; 6, 15.

³⁴ Rm. 2, 28s.; 3, 30; 4, 9-12; cfr. Fl. 3, 2s., donde Pablo reduce la circuncisión carnal a una excisión (*katatomé*), mera operación física (J. HUBY, *Saint Paul. Les Epîtres de la captivité*, París, 1947¹⁶, p. 341), por oposición a la verdadera circuncisión (*peritomé*), la de los hijos del Reino de Dios.

³⁵ Con LIETZMANN (*An die Römer*, ad locum), SCHRENK (Th. W. N. T., I, 765s.) y otros, vemos en la circuncisión en *pneumatí* de Rm. 2, 29 una alusión directa al Espíritu Santo y aún al bautismo.

sobre los Principados y Potestades que, hostiles a Dios, lo crucificaron, sobre el pecado y sobre la muerte. La solidaridad humana significada por *sárx* y *sôma*, es la solidaridad de un mundo controlado por esas potencias hostiles a Dios³⁶, de un mundo caído bajo el poder del pecado y de la muerte. De allí que nuestro existir en *sarkí* equivalga a estar sometido a los poderes que controlan ese mundo. "Aquellos que nos retenía" a que se refiere Rm. 7, 6, es la Ley, pero debido a la carne por cuya virtud —o mejor, debilidad— los poderes de este mundo tienen asidero en nosotros³⁷. Esas Potestades que rigen el mundo caído y someten el hombre a su esclavitud, han sido vencidas por Cristo³⁸ pero aún aprisionan al hombre. La muerte de Cristo las despojó de ese poder (Col. 2, 15). Aún excitan la rebeldía y el antagonismo contra Dios —así será hasta la parusía, cuando serán aniquiladas (1 Cor. 15, 24; cfr. Ef. 6, 12)—, pero solamente sobre aquellos que viven *katà sárka*: ningún poder tienen ya las Potestades de las tinieblas sobre los que marchan según el espíritu (cfr. Col. 1, 3). Su resurrección colocó a Cristo por encima de todos los Principados y Potestades³⁹, y los cristianos hacen uno con El: han muerto y resucitado con Cristo, quedando así liberados de la sujeción a esos poderes espirituales.

Ese señorío de las Potestades sobre el hombre en cuanto *sárx* o *sôma*, es decir, sobre la gran solidaridad del mundo, va acompañado

³⁶ 1 Cor. 2, 6, 8, "los príncipes de este mundo"; el "espíritu de este mundo": 1 Cor. 2, 12; el "dios de este mundo": 2 Cor. 4, 14 (cfr. Gl. 4, 8); los "elementos del mundo": Gl. 4, 3; Col. 2, 8, 20. "Confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder; vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis resistir a las insidias del diablo: nuestra lucha no es contra la sangre y la carne, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo de tinieblas, contra los Espíritus malignos que andan por los aires" (Ef. 6, 10-12).

³⁷ Obsérvese que *sárx* aparece como hipostasiada, como una fuerza del mal, enemiga de Dios y hostil al Espíritu. Cfr. Rm. 13, 14; 8, 4-9, 12s.; Gl. 5, 13, 16s.; etc.

³⁸ Cfr. L. CERFAUX, *Théologie de l'Eglise suivant saint Paul*, París, 1948², p. 236s.; R. BULTMANN, *Bekenntnis- und Liedfragmente im ersten Petrusbrief*, en *Coniect. neotestam.*, XI, p. 6-9; G. B. CAIRD, *Principalities and Powers*, Oxford, 1956, p. 80-101.

³⁹ Ef. 1, 20-23; cfr. 4, 10. Msr. CERFAUX tiene frases muy acertadas para expresar la diferencia entre esa señoría de Cristo sobre las Potencias y su supremacía sobre los cristianos. Así, p. e., en *Théologie de l'Eglise*, p. 255: "La suprématie sur les Puissances et la suprématie sur l'Eglise ne sont pas du même ordre. Les Puissances sont assujetties et soumises de force, placées sous les pieds du Christ par sa victoire. L'Eglise, au contraire, ne fait qu'un avec lui, même si elle lui est soumise. Sur elle, il n'exercera qu'une suprématie de sanctification et d'amour; la force ne joue pas... Les Puissances et la Loi sont les vaincus dans le drame de la Pasion, et les hommes sont des sauvés, non des vaincus". Cfr. etiam del mismo autor, *Le Christ dans la théologie de saint Paul*, París, 1954, p. 119s., 324.

por la triple esclavitud del hombre en cuanto carne a la Ley, al pecado y a la muerte.

La Ley es el cómplice del pecado (Ef. 1, 20-23; cfr. 4, 10). En sí misma es buena y santa, dado que expresa la voluntad de Dios⁴⁰. Pero dió entrada al pecado en el mundo (Rm. 7, 5; cfr. 1 Cor. 15, 56; Rm. 7, 11, 13; 8, 2) valiéndose de lo esencialmente débil y fácilmente seducible que es el hombre en cuanto carne (Gl. 5, 13; Rm. 7, 5. 9. 11). Como los Principados y Potestades, retiene al hombre en esclavitud (Rm. 6, 14; 7, 6-11; 1 Cor. 15, 56; Gl. 3, 23; 4, 21) de por vida (Rm. 7, 11). Pero, como aquellos, destruyendo el cuerpo de Cristo sobre la cruz, se privó de su fuerza sobre El (Ef. 2, 15; Col. 2, 14s.; Rm. 7, 1; cfr. 1 Cor. 2, 8) y sobre los que son un cuerpo con El⁴¹: destruyó lo que le daba asidero para someterlos a su dominio, la carne.

La muerte, “el último enemigo que será destruido⁴², participa con las Potestades y la Ley del señorío sobre el hombre *katà sárka* (Ef. 2, 1s.). “Dios no ha hecho la muerte” (Sb. 1, 13). La mentalidad hebrea de Pablo no concibe la muerte del hombre como un fenómeno natural (Rm. 5, 12-21; cfr. 1 Cor. 15, 35-57). El hombre no es puramente *sárx*: no ha sido creado para ser destruido, sino para Dios. El morir de los animales es natural; el morir del hombre es un castigo por el pecado (Rm. 1, 32; 6, 21-23; 7, 5; Gl. 6, 8; 1 Cor. 15, 21). Pero castigo no arbitrario sino exigido por el pecado. Quien vive *katà sárka* —es decir, según el postulado de que la vida del hombre consiste únicamente en la carne, en la propia suficiencia—, acepta ipso facto el fin de la *sárx* como fin del hombre, vale decir, la disolución y la muerte (cfr. Rm. 8, 13; Gl. 6, 8). Efecto del pecado (Rm. 5, 12), la universalidad de la muerte (Rm. 5, 14) no es natural como la mortalidad de la *sárx*. El “cuerpo de muerte” (Rm. 7, 24) es una formidable contradicción, porque el hombre en cuanto *sôma* no ha sido hecho para pertenecer a la muerte. La muerte es un intruso en el universo de Dios, un

⁴⁰ Cfr. Rm. 7, 12-25; 1 Tm. 1, 8. El carácter polémico de los otros pasajes paulinos referentes a la Ley es, quizá, lo que hace insistir al Apóstol en sus aspectos peyorativos.

⁴¹ Los cristianos han muerto a la Ley con Cristo (Rm. 7, 4-6; Gl. 2, 19s.; Col. 2, 20) y por El han sido rescatados de la Ley (Gl. 3, 13; 4, 5; Rm. 3, 21-24) y hechos hijos adoptivos (Gl. 4, 5; Rm. 8 15) en el cuerpo de la carne de Cristo (Col. 1, 22).

⁴² 1 Cor. 15, 26. Cfr. A. SCHWEITZER, *Die Mystik des Apostels Paulus*, Tübinga, 1954, p. 68. En sentido contrario, ven aquí una mera personificación dramática J. HUBY, *Première épître aux Corinthiens*, p. 374, n. 2; L. CERFAUX, *Le Christ*, p. 44s.; E. B. ALLO, *Saint Paul. Première épître aux Corinthiens*, París, 1956², p. 408.

enemigo que el pecado introdujo en el mundo (1 Cor. 15, 21; Rm. 1, 32; 5, 12). Representa la negación final de la vida y del amor de Dios. Por eso, ser hombre es estar sujeto a la servidumbre (Rm. 6, 16), al dominio (Rm. 6, 9) de la muerte. Pero también la muerte ha sido vencida por Cristo. Por eso el cristiano, que ha sido arrebatado al poder de la muerte, puede “dormirse” (*koimáo*, 1 Cor. 15, 21-23; cfr. 7, 39; 15, 6; 1 Ts. 4, 13-15), pero no morir⁴³.

Más explícito aún, si cabe, es San Pablo cuando señala la conexión de *sôma* y *sárx* con el pecado, ese *hamartia* a quien dió entrada en el mundo la *parábasis de Adán*⁴⁴. Cómplice y *aguijón* de la muerte y de la Ley (1 Cor. 15, 56), como ellos retiene bajo su férula a la gran solidaridad de carne constituida por los hombres. Fuerza invasora en el mundo (Rm. 5, 12) y hostil a Dios por esencia (Rm. 8, 7), impregna de su miasma a la *sárx* e inficiona el cuerpo del hombre no regenerado. “Rendíos cuenta que estáis muertos para el pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro. No reine pues el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus apetitos, ni prestéis vuestros miembros como instrumento de iniquidad al pecado” (Rm. 6, 11-13). Más íntimo al *sôma* que la muerte y que la Ley, en él habita (Rm. 7, 17. 20) y en él obra toda concupiscencia (Rm. 7, 8). Reina sobre los hombres (Rm. 5, 21), quienes le están vendidos, son sus esclavos (Rm.

⁴³ Muy acertado nos parece A. FEUILLET cuando acerca del sentido de la muerte del cristiano según san Pablo, escribe: “Nous ne prenons pas assez au sérieux le réalisme de la mystique paulinienne. Pour l'Apôtre, le grand fait historique qui domine tout le christianisme, c'est la résurrection du Christ à laquelle nous communions. Cette communion s'inaugure par le baptême et s'achève par la résurrection des morts. Entre les deux, il y a le passage du disciple par la mort corporelle, mais le chrétien qui a participé par le baptême à la mort et à la résurrection de Jésus “est mort une fois pour toutes” avec Lui, est dans un état de mort permanent (au monde et au péché), que ne fera qu'achever la mort corporelle; en même temps il vit dans le Christ d'une vie divine “cachée”, mais inamissible, dont la vie par delà la tombe ne sera que l'épanouissement et la manifestation (cfr. VI, 4; Gal. II, 19; Col. III, 1-4). C'est là, nous semble-t-il, une des raisons du peu d'attention qu'accorde saint Paul au passage de la vie d'ici-bas à celle de l'au-delà à l'heure de la mort corporelle: c'est au baptême qu'il voit l'homme mourir à la fois avec Jésus et avec lui triompher en principe de la mort. La raison la plus profonde de ce fait est aisée à apercevoir: d'accord avec l'ensemble de la Bible, et d'abord Gen. II, 3, l'Apôtre ne traite-t-il pas la mort, non comme un acte physiologique naturel, mais comme une ennemie introduite dans le monde par la péché? A la mort du premier Adam et de toute sa descendance charnelle fait contre-poids la résurrection du nouvel Adam et de sa posterité spirituelle”. (*Le plan salvifique de Dieu d'après l'Épître aux Romains. Essai sur la structure littéraire de l'Épître et sa signification théologique* en RB., 57 (1950), p. 378, n° 2).

⁴⁴ Cfr. S. LYONNET, *Le péché originel et l'exégèse de Rom.*, 5, 12-14 (en RchSR., 44 (1956) 63-84); A. M. DUBARLE, *Le péché originel dans saint Paul* (en RSPT., 40 (1956) 213-254).

7, 14). Hasta la venida de Cristo, todos le estaban sometidos (Rm. 3, 9), a todos impone su ley. “Me complazco en la ley interior según el hombre interior, pero veo otra ley en mis miembros, que milita contra la ley de mi mente y me tiene cautivo en la ley del pecado (*en tô nômo tês hamartías*) que está en mis miembros. ¡Malaventurado de mí! ¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro. En conclusión, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Rm. 7, 22-25). Igual que la muerte, el pecado esclaviza al hombre y ni el señorío de las propias acciones le deja (Rm. 7, 17-20). Seduce y mata (Rm. 7, 11-13): su salario es la muerte (Rm. 6, 23). “La aspiración de la carne es muerte... es enemistad con Dios, porque no se somete a la ley de Dios, como que ni puede. Los que son en carne, no pueden, pues, agradar a Dios” (Rm. 8, 6-8). Pero Cristo ha vencido también al pecado. “Lo que era imposible a la Ley —impotente a causa de la carne—, Dios lo hizo: enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, condenó el pecado en la carne a fin de que la justificación de la ley se cumpliera en nosotros, los que no andamos según la carne sino según el espíritu” (Rm. 8, 3s.). Ya “hemos muerto al pecado” (Rm. 6, 2) y “nuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3, 3). Ya no somos “en carne, sino en espíritu” (Rm. 8, 9). Hemos sido “llamados a la libertad”, pero hemos de estar sobreaviso para no “tomar la libertad como pretexto para servir a la carne” (Gl. 5, 13). Debemos “andar en espíritu y no dar satisfacción a los deseos de la carne, porque la carne desea cosas contrarias a las del espíritu” (Gl. 5, 16s.): Sus obras son “fornicación, impureza, lascivia, idolatría...” (Gl. 5, 19-21). Más aún: se identifica con sus obras. “Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia y la avaricia, que es una especie de idolatría”⁴⁵. Cristo venció al pecado. “Resucitado de entre los muertos, ya no muere: la muerte ya no se enseñorea de Él. Lo que murió, murió para el pecado de una vez por todas; y lo que vive, vive para Dios. También nosotros estamos muertos para el pecado y vivimos para Dios en Cristo Jesús” (Rm. 6, 9-11; cfr. 3s. 16-23). “Los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne

⁴⁵ Col. 3, 5. Aquí ya no solamente “el pecado está en nuestros miembros” (Rm. 7, 23), sino que esos miembros son pecado: la identificación del *sôma* con el pecado es completa.

con sus pasiones y sus deseos” (Gl. 5, 24). Pero la carne no está muerta enteramente. Quien está muerto es el pecado que la ponía en movimiento⁴⁶. La vida del cristiano será, pues, una lucha constante desde el seno de esa gran solidaridad de carne. “No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, ni prestéis vuestros miembros como instrumentos de iniquidad al pecado, sino ofrecéos a Dios como de muertos vueltos a vida, y ofreced vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. El pecado no debe enseñorearse de vosotros... ¿No sabéis que si os ofrecéis como esclavos a alguien para obedecerle, siervos sois de aquél a quien obedecéis?” (Rm. 6, 12-16). “Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne en sus deseos” (Rm. 13, 14; cfr. 12, 2). “Sepámoslo bien: nuestro hombre viejo fué crucificado con Él, para que sea destruído el cuerpo de pecado, a fin de que en adelante no seamos esclavos del pecado” (Rm. 6, 6).

Observemos en el último texto citado que esa realidad colectiva que es el *hombre viejo* por oposición al *hombre nuevo* o *sôma* de Cristo, es un *sôma tês hamartías* (cfr. Rm. 8, 3: *sárx hamartías*), un cuerpo que pertenece al pecado, un cuerpo de “muerte” (Rm. 7, 24), un cuerpo que “está muerto a causa del pecado” (Rm. 8, 10), cuerpo de “humillación” (Fl. 3, 21), de “deshonor” (1 Cor. 15, 43), a causa precisamente de su relación con el pecado.

Con todo, el vínculo existente entre el pecado y *sôma* o *sárx* no es tal que sugiera una maldad intrínseca a la carne o el cuerpo. Estos vocablos tienen, es verdad, en muchos pasajes, un sentido peyorativo: fuerza del pecado, oposición a Cristo y su mensaje. Pero ni *sárx* ni *sôma* son, de suyo, pecaminosos. “El pecado habita en mí, en mi carne” (Rm. 7, 18), pero mi carne no es necesariamente mala. La cultura helénica ha querido ver en las dos leyes que rigen la conducta humana, la del *noûs* y la de la *sárx* (Rm. 7, 23), un índice de la dicotomía moral que distingue en el hombre una parte superior y otra inferior: las facultades superiores del alma y la conciencia moral por un lado, y por el otro, todo lo bajo, la *sárx* o el *sôma tês sarkós* en connivencia con

⁴⁶ “Comme cette vie de l'esprit a été définie une lutte contre la chair, c'est donc que cette chair n'est point tout à fait morte; ce qui est mort, c'est le péché qui la mettait en mouvement. C'est la même doctrine que dans l'épître aux Romains, marquant tantôt la mort au péché avec le Christ (Rom. VI, 2 ss.), tantôt la continuation de la lutte (Rom. VIII, 13)”. (M. J. LAGRANGE, *Épître aux Galates*, p. 153, ad Gl. 5, 24).

el pecado o pecaminoso en sí mismo. La ley que “en mis miembros milita contra la ley de mi mente y me tiene cautivo en la ley del pecado”, sería la inclinación universal al pecado surgida en la *sárx* a raíz de la caída de Adán. Solamente esa parte inferior del hombre, la parte material, estaría corrompida: el *noûs*, por su parte, reconoce y quiere el bien. Pero en el lenguaje paulino ni *sárx* ni *sôma* designan una parte del hombre sino todo el hombre en cuanto exterior y solidario del resto de la comunidad humana, así como *noûs* significa todo el hombre en cuanto interior y llamado a dar una respuesta ética y personal a la vocación de Dios (Rm. 7, 22s.; 14, 5; 1 Cor. 1, 10; Ef. 4, 17. 23s.; Col. 3, 10). *Sárx* no define el pecado, es decir, la actividad de la creatura que busca la creatura al margen o contra Dios. Toda su malicia consiste en su debilidad y en la acción del Pecado sobre el cuerpo. La oposición entre la *ley de la carne* y la *ley de la razón*, entre el *hombre exterior* y el *hombre interior*⁴⁷, no es oposición entre dos fuerzas antagónicas intrínsecas al hombre. La única fuerza es la de la carne o, mejor dicho, la del pecado actuando en la carne (Rm. 7, 5. 18). La ley del *noûs* se caracteriza precisamente por no tener fuerza alguna: se reduce a un testimonio (Rm. 7, 16). Pero esa debilidad del *sôma* y de la *sárx* no es pecado. Por eso el Apóstol puede hablar del *sôma toû Jristoû* (Rm. 7, 4; 1 Cor. 10, 16; cfr. 1 Cor. 11, 27; 12, 27; Ef. 4, 12), o del *sôma tês sarkós autoû* (Col. 1, 22; cfr. Ef. 2, 15; 1 Tm. 3, 16). Ni sombra de sentido peyorativo tienen *sôma* o *sárx* en esos pasajes, como no la tienen en tantos otros⁴⁸. “Dios da a cada uno el cuerpo como quiere... cuerpo animal o cuerpo espiritual” (1 Cor. 15, 38. 44). Y si nuestro “cuerpo está muerto a causa del pecado [que desde fuera lo domina], ...el que a Jesucristo resucitó de entre los muertos vivi-

⁴⁷ Se ha querido ver en la oposición paulina “hombre exterior — hombre interior” una oposición de orden psicológico o metafísico intrínseca al hombre, tal cual la filosofía griega la presenta (PLATÓN, SÉNECA...). Si bien la locución es de cuño filosófico —probablemente tomada de la filosofía popular—, el contexto paulino en que aparece es siempre religioso. Si se tiene en cuenta además que Pablo aplica la expresión “hombre interior” también al cristiano en cuanto se abre a la gracia de Dios y se pone bajo el influjo de Cristo (2 Cor. 4, 16b; Ef. 3, 16), con un sentido semejante al de “hombre nuevo”, parece claro que el sentido de la oposición es netamente religioso. No se confunde sin embargo con la antítesis “hombre nuevo — hombre viejo”, dado que, en Rm. 7, 22, el Apóstol aplica la expresión “hombre interior” al hombre aún no regenerado en cuanto se complace en el bien, en contraste con la ley de pecado que lo empuja al mal.

⁴⁸ Véase, por ejemplo, Rm. 1, 3; 9, 5; Gl. 2, 20; 1 Cor. 7, 28; 2 Cor. 3, 3; 5, 6-8. 10. 16; 7, 5; Flm. 16; Ef. 2, 16; 6, 5; amén de los que repetimos en el texto.

ficará también nuestros cuerpos mortales” (Rm. 8, 10s.). Cristo “renovará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso” (Fl. 3, 21). El cuerpo puede ser malo, pero también puede ser bueno: de suyo no es pecaminoso. Mi cuerpo es la coordenada histórica en que Cristo ha de ser glorificado (Fl. 1, 20; 1 Cor. 6, 20). Mi ser en carne “es fruto de apostolado” y “más necesario” para los demás que mi “estar con Cristo” (Fl. 1, 21-24). El cuerpo de suyo no es malo, puesto que tiene un origen divino y un destino eterno, ha sido hecho “para el Señor” así como “el Señor es para el cuerpo” (1 Cor. 6, 13)⁴⁹. De suyo es diferente para ser un *sôma tês sarkós* (Col. 2, 11), es decir, de pecado y de muerte (Rm. 6, 6. 12; 7, 24; 8, 3. 10; Gl. 3, 13), o un *sôma pneumatikón* (1 Cor. 15, 44s.), obra divina. Unido a la ramera es una carne con ella, y unido a Cristo un espíritu con Él (1 Cor. 6, 16-18).

La actitud religiosa de sárx

Esa ambigüedad del *sôma* permite descubrir en la noción paulina de *sárx*, algo incompatible con el ser cristiano. “Carne y sangre no pueden poseer el Reino de Dios”, puesto que la carne tiende a la muerte y su aspiración es hostil a Dios (Rm. 8, 6-8). “Sus deseos son depravados” (Ef. 2, 3), cuando alguien vive *en tē sarkí*, las pasiones de los pecados obran sobre él (Rm. 7, 5; cfr. Gl. 5, 24). El hombre carnal, el *psyjikós*, “no percibe las cosas del espíritu de Dios” (1 Cor. 2, 14; cfr. Rm. 7, 14).

¿En qué consiste ese aspecto de la carne, incompatible con el ser cristiano? ¿Qué es ese *algo* implicado en el concepto paulino de *sárx* que hace a ésta incapaz del Reino? Dos pasajes de la epístola a los Romanos, nos dan la clave para descubrir la mente del Apóstol: Rm. 7, 4-6 y 8, 5-9. El tema de la Ley que gravita en torno a la noción de *sárx*, y la polémica antijudaizante que constituye el contexto general de entrambas perícopas, dirimen a priori la cuestión previa del origen del concepto paulino de *sárx* en estos pasajes, contra todo conato de ver en él la concepción peyorativa griega: la proveniencia hebrea de la noción es, en este caso al menos, incontestable. La orgullosa confianza de los judíos en la Ley, pretende un incongruente

⁴⁹ J. A. T. ROBINSON (*The Body*), a justo título, ve en el último texto citado el matiz que diferencia a *sôma* de *sárx* en las epístolas paulinas.

continuismo de antiguas actitudes en el seno del cristianismo. A esa justicia de los hombres, a esas *obras de la Ley* por las que el judío pretendía merecer ante Dios, Pablo opone la “justicia de Dios por la fe en Jesucristo” (Rm. 3, 22). A la actitud religiosa que pretende hacer de la Ley, de las obras, el camino para ir a Dios; a la tendencia de la carne de apoyarse en la carne, en las creaturas, en el propio esfuerzo, para presentarse ante Dios con algún mérito propio, Pablo opone el elemento fundamental del hecho cristiano: por encima del vacío de las creaturas, apoyados solamente en Dios, debemos ir a Él llamándolo simplemente “Abba! Pater!” (Rm. 8, 15). Unidos a Cristo por la fe y animados por su espíritu, los cristianos “son justificados de balde por su gracia, en virtud de la redención que está en Cristo Jesús” (Rm. 3, 24). La eclosión de esa fe deben ser las buenas obras, pero esas obras no son como las de la Ley, no son carne, sino obras puestas en virtud y por la fuerza del Espíritu de Dios: Así sí podemos esperar, confiados no en el mérito de nuestras obras de carne sino en el don de Dios, su Espíritu, “por el que hacemos morir las obras del cuerpo” y quien desde nuestro corazón “intercede con gemidos inefables” (Rm. 8, 5-23). Pero vengamos ya a los pasajes que indicáramos como característicos para descubrir esa actitud religiosa incompatible con el ser cristiano.

El Apóstol afirma que el régimen de la Ley no rige para el cristiano. “Habéis muerto a la Ley por el cuerpo de Cristo para que pertenezcáis a otro, a Aquél que resucitó de entre los muertos, a fin de que fructifiquéis para Dios. De hecho, cuando éramos en carne las pasiones que llevan al pecado excitadas por la Ley, obraban en nuestros miembros para que fructificáramos para la muerte. Mas ahora hemos sido desligados de la Ley, hemos muerto para la que nos retenía, a fin de servir en un espíritu nuevo y no en vejez de letra” (Rm. 7, 4-6). Ese estado *en sarkí* del que hemos sido liberados, es el antiguo régimen de la Ley, aquella etapa provisoria del plan redentor en la que se servía a Dios cumpliendo las obras de la ley. Pero la Ley, de suyo buena, justa y santa (Rm. 7, 12; 1 Tm. 1, 8; cfr. Rm. 3, 31) puesto que revelaba al hombre la voluntad de Dios, fue la ocasión del pecado, de los frutos de muerte. En efecto, hay en nuestro ser de carne una inclinación (Rm. 7, 13s.) no propiamente al pecado —puesto que el pecado no la atrae sino a consecuencia de la revelación de la

Ley (Rm. 7, 7-13; 3, 20; Gl. 3, 19-22) y ya existía antes de la promulgación de la Ley—, sino a apoyarse en las propias obras, a confiar en los méritos propios, para ir a Dios. Esa inclinación suscitaba en el hombre una actitud o disposición religiosa que hacía de la Ley un contrato bilateral para ir a Dios, en vez de considerar la Alianza como era: plenamente gratuita de parte de Dios. De este modo, la Ley, revelándonos el bien, nos hizo atentos a nuestras *obligaciones* y a todo el resto, que pasa a ser lo *prohibido* y, por lo mismo, lo *deseable*: la Ley se convierte así en ocasión de pecado para la carne⁵⁰ y, claro está, no podíamos entonces sino “fructificar para la muerte” (Rm. 7, 5). Mas ahora hemos muerto a la Ley por el cuerpo de Cristo; hemos sido liberados de la Ley para que nos desprendamos de aquella actitud religiosa propia de la carne y vayamos a Dios *en un espíritu nuevo, esto es, de otra manera, con otra actitud religiosa*. ¿Cuál es esa nueva actitud que realizará en nosotros “la justicia de la Ley”? “La actitud de quien no obedece a la carne sino al espíritu” (Rm. 8, 4).

“En efecto, los que viven según la carne —vale decir: los que temen abandonar los apoyos humanos, los que quieren presentarse ante Dios con las manos llenas de méritos propios—, desean las cosas de la carne —responden a la inclinación de su ser carnal, creado, a apoyarse en lo hecho a su medida: las creaturas—; pero los que viven según el espíritu —los que han recibido la fuerza del Espíritu y el Espíritu mismo para vencer aquella inclinación ontológica de su ser carnal—, desean las cosas del Espíritu —las cosas de Dios—. Porque la tendencia⁵¹ de la carne conduce a la muerte, y la del

⁵⁰ Sin hacer enteramente nuestra la interpretación que allí da acerca de los *epithymiai* de la carne, no podemos menos de recordar aquí las atinadas frases con que el P. Huby expresa esta idea en su comentario a la epístola a los Romanos: “La Loi divine est appel à une spiritualisation plus haute. Mais il y a en nous une attirance en sens contraire, la convoitise, qui nous disperse à l'extérieur et nous matérialise. Par la Loi divine, l'homme est appelé à se dépasser, mais se dépasser passe l'homme” (J. HUBY - S. LYONNET, *Épître aux Romains*, p. 252).

⁵¹ *Frónema* (tendencia, aspiración, gusto), aparece únicamente en este pasaje paulino. Pablo utiliza en cambio con bastante frecuencia el verbo *frónéin*, casi siempre con una coloración cognoscitiva (Cfr. J. DUPONT, *Gnosis, La Connaissance religieuse dans les Épîtres de saint Paul*, Lovaina-París, 1949, pp. 70, 387s. 391, su relación con *frónesis* y *gnósis*). *Frónema* equivale aquí a *epithymia* en su sentido neutro (comparar Rm. 8, 4-9 con Gl. 5, 17), pero sin el matiz de superficialidad, indecisión o inconstancia que a veces reviste el vocablo (1 Tm. 6, 9 [nótese la distinción con *boúlesthai*, que recuerda la distinción estoica entre *boúlesis* y *epithymia*]; 2 Tm. 3, 6s.; Fl. 1, 23). El color moral específico de los *epithymiai* ha de deducirse siempre del contexto (lo mismo ha de decirse del verbo correspondiente), ni siempre hasta el genitivo de sujeto para establecerlo, como por ejemplo cuando se habla de los *epithymiai*

espíritu a la vida y la paz. La inclinación de la carne —esa inclinación generadora de la actitud religiosa carnal— es hostil a Dios, porque no se somete a la ley de Dios ni puede hacerlo. Los que son en carne —es decir, aquellos cuya actitud religiosa quiere hacer del propio esfuerzo, de las obras propias en cuanto tales, un título de mérito para presentarse ante Dios—, no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no sois en carne —vuestra disposición religiosa no es carnal, no vais a Dios apoyados en vuestras obras en cuanto vuestras, no ponéis intermediarios creados entre Dios y vosotros—, sino en espíritu —es decir, os apoyáis solamente en Dios y no en vuestras acciones; a ciegas, confiados únicamente en Él, os arrojáis en la noche oscura de la fe—, porque el Espíritu de Dios habita en vosotros —ese Espíritu de Cristo “por el que hemos de hacer morir las obras de la carne” para vivir, ese Espíritu de adopción que nos hace clamar simple y directamente a Dios “¡Abba! ¡Pater!” (Rm. 8, 5-9; cfr. 8, 10-30).

La epístola a los galatas abunda en las mismas ideas: la oposición entre la actitud judaizante y la única actitud valedera ante Dios en la nueva Alianza, es sintetizada por el Apóstol con las mismas antítesis: *sárx-pneûma* (Gl. 3, 3; 4, 29; 5, 16-19; cfr. 6, 8. 12-15), fe-obras (Gl. 2, 16; 3, 2. 5. 10-11; 5, 4-24). Las epístolas a los corintios insistían ya anteriormente en idéntica concepción, oponiendo no tanto la justicia de Dios en Cristo a la justicia que los hombres pretenden merecer por el propio esfuerzo, cuanto la sabiduría de Dios encarnada, Cristo, a la infatuada y vana sabiduría humana. La antítesis se establece aquí entre los valores humanos y la elección de Dios (1 Cor. 1, 17-31; 2, 1-13; 3, 1-9. 21s.; 2 Cor. 1, 9; 5, 12; 11, 17-12, 10), sin que falten los calificativos *sarkikós* (1 Cor. 3, 3; 2 Cor. 1, 12;

tês sarkós o *tôn kardiôn*, puesto que no tienen necesariamente como objeto una cosa mala (vgr. 1 Ts. 2, 17; Fl. 1, 23; Gl. 5, 17; 1 Tm. 3, 1). De allí que, como la *sárx* obra mediante los *epithymíai*, no toda existencia carnal o *katá sárka* se identifica automáticamente con el pecado (cfr. Gl. 1, 16; 6, 12s.; 1 Cor. 3, 3), aunque conduzca a él. La superficialidad y ardor por lo inmediato, característicos de los *epithymíai* de la carne, se prestan a ser movidos por todos los vientos del error y del pecado (Ef. 2, 3; 4, 22 [comparar con Ef. 4, 14] 2 Tm. 3, 6s.; 4, 3; Tt. 2, 12; 3, 3): es el modo normal de realizarse del hombre que no ha recibido el don del Espíritu (cfr. Rm. 1, 24) y que es atraído por lo que es a su medida y está a su alcance, las creaturas (Fl. 3, 19; Col. 3, 2). Solamente en este contexto nos parece acertada la observación de R. BULTMANN acerca de “la inteligencia de la carne” (Col. 2, 18): consiste primariamente en rechazar el hombre su dependencia de Dios y confiar en lo que resulta del esfuerzo humano (*Theologie des Neuen Testament*, Tubinga, 1948, I, p. 235ss.). Acerca del uso profano y extrapaulino de *epithymía*, cfr. B. RIGAUŠ, *Les Épîtres aux Thessaloniens*, p. 508s.; FR. BÜCHSEL, art. *epithyméo, epithymía*, en el Th. W. N. T., III, 168-172.

10, 2-4; cfr. 1 Cor. 9, 11) o *psyjikós* (1 Cor. 2, 14; 15, 44. 46) en contraste con *pneumatikós* o *pneumatikôs* (1 Cor. 2, 13-15; 3, 1; 9, 11; cfr. 15, 44. 46). En las epístolas de la cautividad la idea está plenamente adquirida. La iniciativa divina en la obra de la redención es absoluta y gratuita. Las hermosas páginas que el Apóstol escribe acerca del misterio de Cristo tanto tiempo escondido y ahora revelado, lo atestiguan abundantemente. La vacuidad de la carne, la inanidad de la actitud religiosa que pretenda tender hacia Dios un puente hecho de mano de hombre, es el presupuesto constante del Apóstol. Véase, por ejemplo, Fl. 3, 3s. 9 y, sobre todo, Col. 2, 18s.; Tt. 3, 5.

Esa actitud o disposición religiosa que Pablo llama carnal, no es simplemente un posible modo de ser subjetivo del cristiano o del hombre. La mentalidad del Apóstol es semita y como semita utiliza el vocablo griego *sárx*. Observábamos⁵² que, en las lenguas semíticas, en cada acepción de una palabra parece oírse aún el eco de las otras acepciones. Ahora bien, en el lenguaje paulino *sárx* y *sôma* indican —creemos haberlo mostrado abundantemente en estas páginas— ese gran cuerpo, esa gran solidaridad natural y religiosa de todo lo creado que en el Antiguo Testamento designaba la palabra *basar*. Bastaría para confirmarnos en esta idea lo marcadamente hipostáticos que se presentan *sárx* y *sôma* en los escritos paulinos. Hay una ciencia y una inteligencia de la carne (2 Cor. 1, 12; Col. 2, 18). La carne tiene deseos, querer y pretextos (Gl. 5, 12. 16s. 19; Rm. 13, 14; Ef. 2, 3); ella siente (Rm. 8, 6s.) y obra (Rm. 8, 5. 13; Gl. 5, 19); aconseja (Rm. 13, 14; 8, 1. 4s.; Gl. 1, 16) y retiene (Rm. 7, 6); débil e impotente (Rm. 8, 3), no puede poseer el Reino (1 Cor. 15, 50) pero pretende erguirse como nuestra acreedora (Rm. 8, 12). Ese cuerpo de carne es despojable (Col. 2, 11) y reformable (Fl. 3, 21); es un cuerpo de muerte y de pecado (Rm. 6, 6; 7, 24), un cuerpo muerto por el pecado (Rm. 8, 10). La resonancia de solidaridad social o de colectivismo religioso se descubre a cada paso en esa hipóstasis que el Apóstol hace de *sárx* y *sôma*. Esos ecos se detectan principalmente en los matices que podrían parecer algo estáticos con que a veces se presentan *sôma* y *sárx*, pero que los aspectos más dinámicos arriba señalados nos vetan interpretarlos concibiendo a *sárx* y *sôma* al modo de un gran receptáculo en el cual moramos o del cual partimos, en

⁵² Cfr. CyF., 14 (1958) 11, especialmente la nota 27.

el cual permanecemos (Fl. 1, 24; 2 Cor. 5, 6. 8. 10), estamos (Rm. 8, 8s.) o vivimos (Rm. 7, 5; Fl. 1, 22; Gl. 2, 20); del cual tal vez nos gloriamos (Gl. 6, 12s.) y en el que cabe manifestarse (1 Tm. 3, 16). *Sôma* y *sárx* describen al hombre en situación de miembro solidario de sus congéneres y de toda la creación, tanto en la línea de su ser y depender totalmente de Dios, como en la línea de su actitud religiosa. La noción paulina de *sárx* y *sôma* repite así la concepción anticotestamentaria de solidaridad social y colectivismo religioso en que halláramos implicado el concepto de *basar*.

Solidaridad opuesta a la divina

Los diversos elementos que hemos ido señalando a lo largo de estas páginas, subrayan claramente los caracteres fundamentales de esa *personalidad corporativa* constituida por la solidaridad humana y aún por todo lo creado, imbricados en la noción de *sárx* y de *sôma*. Inserción vital en un organismo que es la condición misma de nuestro ser en esta vida; solidaridad de carne con un mundo caído; pertenencia de miembros de un cuerpo de muerte y de pecado.

Como en el Antiguo Testamento, descubrimos en las epístolas de San Pablo, una solidaridad cósmica y una solidaridad religiosa. La solidaridad universal, constituida por el solo hecho del ser creaturas, perdura en los escritos paulinos: la redención de Cristo es cósmica⁵³. Todos los seres que viven sobre la tierra, incluido el hombre, aguardan sufriendo y gimiendo con un gemido que el Espíritu hace suyo, la renovación de *nuestro cuerpo*. La solidaridad religiosa veterotestamentaria, en cambio, es sustituida por otra solidaridad: la del cuerpo de Cristo. A la antigua Alianza, de *carne*, sucedió la nueva, en *espíritu*. Las antiguas prácticas, "sombra de lo futuro", han sido reemplazadas "por la realidad, por el cuerpo de Cristo" (Col. 2, 17).

De la solidaridad religiosa en Cristo, nos ocuparemos directamente en otra sección. Previamente examinaremos aquí la relación que existe entre la solidaridad de lo creado y el colectivismo religioso del *cuerpo de Cristo*. Hay entre ambas solidaridades una oposición. Pero ¿de qué naturaleza es esa oposición que vige entre ambas? Las pági-

⁵³ Cfr. A. VIARD, *Expectatio creaturae, Rom., VIII, 19-22*, en la RB., 59 (1952) 337-354.

nas siguientes mostrarán que no ha de concebirse esa doble solidaridad en el sentido de que pasar de una a otra implique quebrar con la primera, sino en cuanto que la primera ha de transfigurarse y, finalmente, ser sustituida por la solidaridad del cuerpo de Cristo.

Hemos visto que *sárx* y *sôma* designan la persona en su manifestación exterior viviendo solidaria del mundo, al par que, cuando revisten un sentido peyorativo, indican la perversión de la creatura que se niega a depender de su Creador. Pero uno y otro vocablo designan diferentes aspectos de la relación del hombre a Dios: describen la misma cosa, pero connotan aspectos discrepantes de la relación del hombre o de la personalidad corporativa al Creador.

En efecto, la revelación del Nuevo Testamento, con el hecho de la resurrección de Cristo, ha enseñado al Apóstol que el hombre está llamado a participar del destino de Cristo —como, por otra parte, toda creación (Rm. 8, 19-22; Col. 1, 20; Ef. 1, 10)— y que, por consiguiente, todo el hombre, aún en cuanto ser visible y solidario con este mundo, está llamado a una total glorificación como el mismo Cristo. Este hecho penetra la antropología de Pablo y distingue su terminología de la del Antiguo Testamento. Mientras que *sárx* indica en Pablo al hombre solidario de la creación *en su distancia* de Dios, *sôma* designa al hombre solidario de la creación en cuanto hecho *para* Dios⁵⁴. Esta diferencia o contraste fundamental entre *sárx* y *sôma*, aparece netamente en 1 Cor. 6, 13-20: "Los manjares son para el vientre y el vientre para los manjares; pero Dios destruirá el uno y los otros. El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¿No lo quiera Dios! ¿No sabéis que quien se une a una ramera es un cuerpo con ella? Porque, dice, *serán los dos una sola carne*. Pero el que se une al Señor, es un espíritu con Él. Huid la fornicación. Cualquier pecado que cometa un hombre, es exterior al cuerpo; pero el que fornicar, peca contra el propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y al que habéis recibido de Dios? ¿Y que, por lo tanto, no os

⁵⁴ J. A. T. ROBINSON, *The Body*, p. 31.

pertenecéis? Habéis sido comprados a buen precio. Glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo”.

En este pasaje, *koilia* denota algo intrínsecamente perecedero y transitorio. Podría reemplazarse por *sárx*, con quien se identifica enteramente⁵⁵ (salvo en el versículo 16, donde *sárx* es sinónimo riguroso de *sôma*). *Sôma* en cambio —que en toda la perícopa equivale a la persona ya sea individual ya sea corporativa—, no ha sido creado para una función y un destino puramente corruptibles, sino para Dios. Y observemos que en el versículo 17 Pablo escribe *pnêuma* únicamente por las necesidades circunstanciales que le obligan a no estampar *sôma* como era lo natural y estaba en su pensamiento. Por otra parte, resulta significativo que Pablo niegue que la *carne* pueda heredar el Reino de Dios (1 Cor. 15, 50); y que proclame por otra que el *cuerpo* resucitará a condición de ser radicalmente “transformado” (1 Cor. 15, 51). El cuerpo de pecado y de vileza tiene que ser “destruido” (Rm. 6, 6), “redimido” (Rm. 8, 23), “renovado” (Fl. 3, 21). El *cuerpo natural* debe hacerse “cuerpo espiritual” (1 Cor. 15, 44), porque el hombre *natural* no puede conocer a Dios (Rm. 1, 19s.; 1 Cor. 2, 14), aunque haya sido creado para ello (Rm. 1, 19s.). “El cuerpo es, pues, para el Señor” (1 Cor. 6, 13).

En virtud de ese matiz peculiar que *sôma* reviste en algunos pasajes paulinos, se comprende fácilmente su conexión con la nueva solidaridad religiosa que reemplaza a la de la antigua Alianza. Pablo afirmará que *el cuerpo es para Dios*, pero insistirá paralela e inmediatamente en el hecho increíble de que *el Señor es para el cuerpo*. “Dios, que ha resucitado al Señor, quiere resucitarnos también a nosotros con su poder” (1 Cor. 6, 13; cfr. Rm. 7, 25 y 1 Cor. 6, 19s.). El *sôma* ha hecho posible la redención y la resurrección obradas por Cristo: por su muerte y resurrección, Cristo, hecho “carne semejante a la del pecado” (Rm. 8, 3), libera el *sôma* de todas las Potestades hostiles a Dios, del pecado, de la muerte y de la Ley, que obran sobre el hombre mediante la *sárx* (Ef. 2, 14) o el *sôma tês sarkós* (Col. 1, 22).

⁵⁵ La equivalencia *koilia* = *sárx* responde enteramente al pensamiento de Pablo (cfr. Fl. 3, 19 y Rm. 16, 18). No se trata simplemente de una alusión a las observancias alimenticias (Rm. 14; Gl. 2, 12; Col. 2, 16-21), ni se refiere puramente a los pecados de glotonería. Sirven a su vientre y no a Cristo, los que son causa de disensión y escándalo (Rm. 16, 17s.), es decir, los que viven según los dictámenes de la carne y no del espíritu.

Esa transformación del *cuerpo*, que en su término será total, se realiza paulatinamente en el espacio y en el tiempo, no por una asunción o reforma al interior de la personalidad corporativa, sino por su *consunción o destrucción*, a medida que sus miembros van pasando a pertenecer a otro cuerpo, el de Cristo. A la solidaridad religiosa de la antigua Alianza se entraba por la circuncisión, sin por ello morir a la solidaridad universal del *kol basar*. En este punto, la novedad del cristianismo anunciada por Pablo consiste en que hemos muerto a esa solidaridad cósmica, en el bautismo, para ser injertados en otro cuerpo, el de Cristo. Ya no pertenecemos al cuerpo de pecado, aunque moremos en él y de él no podamos salir por nuestra voluntad. Por eso, cuando el cristiano intenta volver atrás por el pecado, se engaña y miente a sí mismo y miente a los demás. El nuevo cuerpo al que pertenece, es una nueva creatura. “No os mintáis unos a otros, puesto que os habéis despojado [por el bautismo] del hombre viejo con todas sus prácticas y habéis revestido el nuevo que marcha hacia la verdadera ciencia renovándose a la imagen de su Creador” (Col. 3, 9s.)⁵⁶. No os mintáis unos a otros, sino revestíos del hombre nuevo, la nueva creatura. Mentir sería afirmarse con las obras como todavía perteneciente al cuerpo de pecado (Cfr. Ef. 4, 22-25), siendo así que ya se ha muerto a él y se vive una nueva vida, la de otro cuerpo, la del cuerpo de Cristo. Para pertenecer al Israel según la carne era menester la circuncisión y la observancia de la Ley. La fe y el bautismo en Cristo, nos ha arrancado de la *solidaridad carnal* y nos ha agregado al Israel de Dios (Gl. 6, 16; cfr. 3, 29; Fl. 3, 3; 1 Cor. 11, 18): nos ha transformado en una nueva creatura, en un hijo y heredero de Dios⁵⁷. La única posibilidad de un retorno al cuerpo de muerte y de pecado, es el rechazo final al Amor cuyo colofón es la muerte eterna. Una nueva solidaridad, la del cuerpo de Cristo, reemplaza a la antigua. El fermento transformó la masa. Este será el objeto de un próximo artículo.

⁵⁶ Contra DIBELLIUS, LIGHTFOOT, BOVER-CANTERA, HUBY, HAUPT, MEINERTZ, DE WETTE, etc., y con PRAT, KNABENBAUER, MÉDEBIELLE, ABBOT, CRAMON, ELLICOT, LA SAINTE BIBLE DE JERUSALEM, etc., preferimos respetar el sentido de acción pretérita de los participios aoristos *apekdysámenoi* y *endysámenoi*, con una alusión expresa al bautismo como motivo de la exhortación precedente. P. JOÛON (citado por J. HUBY, *Épîtres de la Captivité*, p. 90), en sentido contrario al nuestro, explica la legitimidad de entender esos aoristos como imperativos (en RechSR., 1936, p. 186).

⁵⁷ Cfr. A. GRAIL, *Le Baptême dans l'Épître aux Galates* (III, 26-IV, 7), en R.B., 58 (1951) 503-520.